

La mentalidad de las élites sobre la violencia en Colombia (1936-1949)

DARIO ACEVEDO CARMONA,

EL ANCORÁ EDITORES / INSTITUTO DE ESTUDIOS POLITICOS Y RELACIONES INTERNACIONALES, BOGOTÁ, 1995.

Detallado y necesario estudio este, que los especialistas en historia latinoamericana de seguro esperaban desde hace mucho tiempo y que el profesor Acevedo Carmona ha realizado a partir del análisis, no sólo de las fuentes tradicionales de la historiografía política en el siglo XX (editoriales de periódicos como *El Siglo* y *El Tiempo* de Bogotá, diarios de sesiones parlamentarias), sino de otra documentación no tan frecuentada en estos casos, por ejemplo, las declaraciones pastorales de los obispos (pues la posición de la jerarquía eclesiástica fue un factor importante en los combates ideológicos y *de facto* en la Colombia de 1936 a 1949), o bien las imágenes plásticas provistas por las caricaturas de *El Siglo*. A una y a otra de las cuestiones derivadas de tales tipos de fuentes, nuestro autor dedica sendos capítulos diferenciados. Todo el trabajo es así un relato en clave cultural, construido sobre el discurso escrito y otras «representaciones» (Acevedo Carmona emplea con acierto esta palabra en el título del capítulo segundo) de la lucha simbólica que acompañó, a la manera de una voz principal del contrapunto histórico, el ejercicio concreto de la violencia durante

el proceso que rodeó al asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán y al Bogotazo (9 de abril de 1948). La progresión de los argumentos, expresados ora por la palabra ora por la imagen, el sucederse de ciertos climas de afectos y pasiones, el entretendido de los signos y de la acción, que también culminaron en un estallido de crueldad y violencia, recuerdan en algunos aspectos la narración que Le Roy Ladurie hizo de la tragedia del Carnaval de Romans, ocurrida en 1580. Esto mismo parece haber captado el prologuista de la obra que comentamos, Gonzalo Sánchez Gómez, cuando señala que los *topoi* centrales del libro son la guerra de imágenes -entablada en torno de los sucesos del 9 de abril- y su metamorfosis en una guerra civil abierta.

Ahora bien, nuestro autor consagra un capítulo introductorio para precisar el horizonte teórico de su investigación y se coloca bajo la égida de los historiadores de la tercera generación de *Annales* remitiéndose sobre todo a la autoridad de Jacques Le Goff y de Georges Duby en cuanto concierne a la definición del concepto y del método de las «mentalidades». Es acerca de la elección de esa categoría historiográfica funda-

mental, hoy tan discutida hasta por los miembros de la escuela francesa -donde ella prácticamente nació y se convirtió en un modo peculiar de indagar y de escribir la historia-, que creo necesario efectuar algunas objeciones, las cuales tal vez podrían redundar *per se* en un aumento de la densidad significativa del trabajo de Acevedo Carmona.

En primer lugar, cabría preguntarse por qué nuestro investigador no prefirió la noción de «imaginario» para organizar su relato, ya que él mismo cita, en su introducción, el texto de Duby, *Los tres órdenes o el imaginario del feudalismo*; y, además, en el medio académico colombiano existe desde 1992 una obra de justo prestigio y de merecida resonancia, escrita por Armando Silva, en la que aquel concepto nuevo de la historia de la cultura ocupa el centro de la escena. Me refiero al libro, en verdad excepcional, *Imaginarios urbanos. Bogotá y Sao Paulo: Cultura y comunicación urbana en América Latina*. Las definiciones de la noción de «imaginario» realizadas por Bronislaw Baczko en *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, quizás hubieran provisto a Acevedo Carmona de un marco conceptual menos

expuesto a objeciones que la categoría de «mentalidad». Porque, en segundo lugar, entiendo que nuestro autor se equivoca cuando suma el nombre de Ginzburg a los de Le Goff y Duby para marcar el campo más fértil de la historiografía de las mentalidades (p.24). Ginzburg ha sido quien, precisamente, realizó algunas de las observaciones más duras a esa categoría en el prólogo de *El queso y los gusano*, al poner bien en claro que no aceptaba el concepto interclasista y difuso de «mentalidad» para indagar en el mundo intelectual del molinero Menocchio, sino que prefería a todas luces las ideas de cultura segmentada y de circulación, según el ejemplo presentado por Bajtín en sus estudios sobre Rabelais y la cultura popular europea en la época del Renacimiento.

En realidad esta adscripción de Acevedo Carmona a la historia de las mentalidades, que podríamos considerar algo tardía, debe ser ubicada sobre el trasfondo de las perplejidades que ha engendrado entre los historiadores el *linguistic turn* o el *semiotic challenge*, lanzando a lo más íntimo de nuestra tarea científica, esto es, al acto de describir lo real perdido en el pasado a partir de las huellas que, como los signos de un texto, aquello mismo acontecido ha legado a nuestro presente y al futuro. Las preguntas más importantes surgidas del «desafío» aplicado a los fenómenos característicos de la historia cultural –¿cómo vinculamos los sistemas de signos que hemos recibido de una época con los hechos culturales de esos tiempos (ideas pensadas, sen-

timientos experimentados, fenómenos mentales realmente vividos en el pasado)?¿cuáles son las condiciones y los límites de transparencia u opacidad en esas relaciones a los cuales tiene derecho a aspirar un historiador?–, han sido repondidas de varias maneras en los últimos veinte años. Raymond Williams y Pierre Bourdieu lo han hecho en los términos de la sociología de la cultura: el primero ha construido su noción de «producción simbólica» sobre conceptos tomados de la interpretación marxista de la cultura que inauguró Gramsci, mientras que el segundo ha elaborado la teoría original de los capitales simbólicos y de los campos culturales relativamente autónomos en la civilización industrial moderna. Robert Darnton, por su parte, ha adoptado para su historiografía la postura extrema de la antropología de Clifford Geertz, quien no concibe la cultura sino como un macrotexto que debe ser leído y cuyos significados han de ser descubiertos por el científico social; una «descripción densa» de los fenómenos es, para Geertz y Darnton, el instrumento adecuado en la búsqueda de la comprensión más completa posible de la malla de textos que componen la cultura. Si bien el trabajo de Acevedo Carmona no admitiría una readecuación de sus contenidos a las teorías de la producción simbólica y de los campos, pues sus propósitos apuntan a revelarnos las articulaciones de los discursos con la más cruda de las *praxis* políticas, donde la función de campo ideológico-cultural

como reproductor del sistema social se ve completamente desbordada por el juego de la violencia, podríamos en cambio, atribuirle muy bien los caracteres de una *thick description*. Sin embargo, entendemos que los rasgos concretos de lo producido por nuestro autor se adecuan mejor todavía a una relectura que deberíamos intentar hacer en los términos de la nueva historiografía de la cultura, inaugurada por Roger Chartier, Louis Marin y Francois Hartog, y fuertemente influida por la teoría de la recepción de Wolfgang Iser y Hans Robert Jauss.

En todo caso Acevedo Carmona cultiva en su libro, con creces, el método de la descripción e interpretación de los *écarts* entre textos e imágenes que rondan, en su mayor parte, los hechos fatídicos del 9 de abril. Y aunque la violencia parecería estar allí al alcance de la mano, nuestro autor no cesa de inventariar todas las representaciones imaginables y de analizar sus «apartamentos», a veces exasperados, a veces sutiles. El estilo de Acevedo Carmona es elegante y se dilata en una prosa cargada de suspenso; sin embargo, su tarea cumple con la finalidad principal de la narración histórica, esto es, lograr que las relaciones establecidas entre las representaciones del texto conserven la trama de las relaciones entre sus referentes perdidos del pasado. Al contrario de la literatura, que funda su acción en principios de libertad y de arbitrariedad, a la hora de anudar lazos entre las relaciones textuales y las relaciones de los referentes

representados. Ante la posibilidad de una huida perenne del sentido, cuyo caso límite ha explicado Michel de Certeau en *La fábula mística* cuando trató el problema de la experiencia histórica moderna de Dios como una conciencia ilimitada del *otro faltante*, una historia de la cultura tal cual la plantea Acevedo Carmona se mantiene en una saludable intransigencia respecto de la necesidad de

intentar que las palabras permitan decir algo verdadero sobre las cosas pasadas, y nos previene, al mismo tiempo, acerca de los peligros que entraña la omnitextualidad devoradora de los hechos. Porque finalmente, cuando la realidad se ha convertido en texto, y sólo en texto, se extingue por la vía del estallido de sus cualidades. La diferencia entre un verso de Virgilio como *el Felix*

qui potuit rerum cognoscere causas y la mayor parte de los *graffitti* del subterráneo de Nueva York reside tanto en la cualidad de la belleza, presente o ausente, de una musicalidad inédita, como en la densidad y en la dilatación de lo real que el verso y los *graffitti* representan.

JOSE EMILIO BURUCUA,
historiador, profesor de la
Universidad de Buenos Aires